ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

HENRY STEEL OLCOTT

El Presidente Fundador de la Sociedad Teosófica, el coronel Henry Steel Olcott, ha muerto el 17 del pasado mes de Febrero, á las siete de la tarde.

El desgraciado accidente de que fué víctima á bordo del vapor que le llevaba á Génova, ha tenido la natural é inevitable consecuencia que se temió en un principio.

«Ha sido un verdadero milagro, dijeron los médicos que le asistieron en los primeros momentos, ha sido un verdadero milagro que haya sobrevivido al accidente.»

Y por un favor especial, porque no debia abandonarnos tan pronto el Presidente Fundador, no pereció en aquel momento, y su existencia ha sido conservada hasta el instante de su partida.

Del valor, de la importancia y de la significación que tiene el Presidente Fundador de la Sociedad Teosófica, no podemos hablar ahora. Sería de una exterioridad baldía hacerlo cuando todos á quienes podemos dirigirnos lo conocen y comprenden como nosotros.

Su vida entera nos pertenece y de todos es conocida, porque á trozos, en fragmentos, en pedazos invisibles, como si se hubiese desnudado constantemente de su sombra, de un inagotable y permanente doble, la ha ido dejando por todo el mundo, que

en constante peregrinación ha recorrido. No ha sido sólo el general que ordena el combate, sino también el gastador que entra primero en la lid, y hasta el hulano que explora la población que ha de atacarse. ¿En qué parte no ha estado este gran amador de los hombres? Su vida ha sido una constante peregrinación sobre la tierra, y la ha medido en todas las direcciones, sirviéndose de su corazón y de su palabra. Y ha muerto como muere el gran viajero. Ha muerto en el más sublime de los naufragios, cayendo, sin caer en el agua, para caer en la tierra. Sólo él, sin arrastrar ni un compañero de viaje, porque era él y no otro el que se arriesgaba en la travesía.

Si nosotros hubiésemos pensado una muerte digna de este maestro, de este gran director, no la hubiéramos imaginado ni más digna ni más kármica que la que ha tenido. Y es que nos enteramos muy tarde de las cosas, que no vemos como son, y luego la misma sencillez, la naturalidad de los hechos nos sorprende como un verdadero milagro, como la más inusitada de las maravillas. ¿Había de dejarnos de otro modo que andando? ¿No andaba siempre por ventura? Esta misma partida ¿no es otro viaje también? ¿Qué podía recorrer ya de la tierra habiéndola recorrido tantas veces? Como hombre, como maestro, como director había hecho ya lo bastante; toda su actividad y todo su esfuerzo para ser una enseñanza perdurable, he aquí que se han cumplido y que acaba de nacer bajo esta forma para vivir por siempre entre nosotros.

Su enseñanza, preparada ya, no necesitará de un cuerpo para que los entienda un alma. Se ha hecho alma, se ha hecho mente para que la entiendan las mentes; para hablar sin mediación con ellas.

Porque en los primeros momentos las ideas encarnan para ir y correr y propagarse y extenderse por los ámbitos del mundo; y luego, cuando se han servido de sus vasos de elección, las ideas viven en el inmenso contenido del mundo como un aliento, como un perfume que no puede contenerse en un vaso sellado y apartado de las gentes. Se muere así, como diluyéndose entre las almas. Y así es como se acrecienta el saber y el sentir de los hombres. En el mejor pensamiento están todos los pensadores del pasado y en el mejor sentimiento todos los amadores de la humanidad que han existido en otro tiempo.

Para nuestro egoísmo, para el gran enemigo de nosotros,

para el *yo*, no volver á ver á la madre, al hermano, al amigo, es un dolor, una pena sin fin, porque amamos demasiado sus cuerpos, sus ademanes, sus gestos, lo que ya no estará cerca de nosotros. ¿Pero eran eso? ¿No eran antes que nada todo lo que nos queda, todo lo que no muere, todo lo que nos han dejado?

Bien haya el que llore la muerte de su madre, de su hermano, de su amigo, de su maestro, porque ese es un hombre que ama, aunque aún yace en el error.

Pero haya más bien el que vive como le mandó su madre, como le indicó el hermano, como le aconsejó el amigo y como le enseñó el maestro, porque á ese le viven todos sus días, perpetuamente, su madre, su hermano, su amigo y su maestro.

Duélanse los corazones que han tratado al Presidente Fundador por haberlo perdido, y duélanse eternamente sin consuelo alguno para amarle por siempre como justamente se merece. Los que hayan recibido su enseñanza ¿de qué se dolerán? ¿No está viva por ventura? ¿Ha podido morir?

He aquí lo que dice para todos la Verdad, como consuelo y alivio al dolor que experimentan los más humanos.

«Bendito sea el cuerpo donde he morado y benditas las mentes donde puedo vivir en lo futuro.

»He aquí que por él estoy con él en vuestro pensamiento, y que por la marcha de su apariencia, sabéis ahora que está también en vuestro corazón.»

Y así, no le hemos perdido, sino que le hemos ganado para siempre. F lo que quiso decir cuando al curarle en Génova los médicos y decirle que había estado en un gran peligro, contestó con aquélla su sonrisa bondadosa de un ciego que adivina el sol: «Lo sé; pero yo pienso todavía vivir muchos años.»

SOPHIA

EL CORONEL H. S. OLCOTT

El Coronel H. S. Olcott, el Presidente Fundador de la Sociedad Teosófica, y mi entrañable amigo, ha fallecido en Adyar el Domingo 17 de Febrero último.

La pérdida que sufren los teosofistas del mundo entero es muy grande, porque nuestro Presidente deja al abandonar el plano físico un vacío muy difícil de llenar.

Aquellos de nuestros hermanos españoles que le conocieron, á buen seguro no olvidarán fácilmente la sencillez de su trato, así como la afabilidad y franqueza de su carácter.

Pero entre las muchas cualidades que le adornaban, sobresalía el culto ferventísimo que rendía á la Justicia y á la Verdad, en defensa de las que, siguiendo el ejemplo de H. P. B., sacrificó su entera existencia. Proverbiales son la imparcialidad que inspiraba todos sus actos y la tolerancia de su espíritu, amante de la Verdad bajo sus infinitos aspectos, fuesen éstos cuales fueren y vinieran de donde viniesen.

Primer Presidente de la Sociedad Teosófica que, inspirado por H. P. B., fundara con ella en Nueva York el año 1875, ocupó ese elevado y difícil puesto hasta la hora de su muerte, cumpliendo entre mil escollos su ardua misión de modo tan admirable, que vivirá su recuerdo como imperecedero ejemplo del deber cumplido.

Muchos peligros amenazaron á la Sociedad Teosófica, pero merced á la firmeza y al espíritu de justicia que siempre informaban los actos de nuestro querido Presidente, fueron vencidos aquéllos unos tras otros, apareciendo la Sociedad Teosófica siempre más fuerte y unida después del peligro corrido.

El mayor y más temible de los escollos contra los que naufragar pudiera la nave teosófica es, sin duda alguna, el *sectarismo,* el culto rendido al *dogma* por unos cuantos elementos, sin duda bien intencionados, pero desviados.

Contra ese escollo luchó siempre con la mayor vehemencia el Presidente Fundador, que con razón se esforzó constantemente en conservar incólume, en toda su pureza, los tres objetos que dieron vida á la Sociedad Teosófica.

Que logró su propósito no cabe dudarlo. ¡Quiera el cielo que su sucesor, imitando la conducta del primer Presidente, sepa conservar á su vez tan precioso tesoro: el alma y vida, la razón de ser de la gran causa que todos servimos!

H. S. Olcott murió en la India, que tanto amó, en Adyar, su residencia predilecta.

Sintetizaré su vida exclamando:

Con lealtad jamás desmentida trató siempre de cumplir con su deber.

¡Descanse en paz!

J. X. H.

Á MI PADRE HINDO

Siempre al ausentarse de nuestro lado un sér con el cual hemos sentido alguna relación, asaltan á nuestra mente ideas que nos recuerdan las impresiones de él recibidas y que nos le caracterizan representándonos su retrato moral tal como para nosotros existe. Así, pues, al pensar hoy que nuestro inolvidable Presidente dejó de ser tal y como nosotros le conocimos, un recuerdo pertinaz nos repite la impresión primera que nos causó cuando le vimos en España.

Era por entonces el año 1895, y al saber que nos honraría con su presencia, nos forjábamos un sujeto de determinado aspecto, según nos lo sugerían las fotografías que de él teníamos. Venerable, rígido, inexorable, respetuoso, de pocas palabras, de difícil acceso... Pero no; cuando tuvimos delante al mismo Olcott en persona, comprendimos nuestra equivocación.

Su venerable presencia nada tenía de rígida; su carácter severo sólo se manifestaba en aquellos momentos en que tenía que tomar una resolución, que más había de redundar en provecho de los demás que en el suyo particular. Su carácter de padre respetabilísimo no era rígido, sino afable, risueño, cariñoso. A todos nos cautivó con su agradable y amena conversación; más

parecía un cariñoso abuelo que juega y se recrea con sus adorados nietos que el adusto Presidente encargado del cumplimiento de la ley, seco, escueto.

Como mi señora y yo éramos los más jóvenes de la Rama Teosófica de Madrid, en cuanto nos conoció, juntando contra su pecho nuestras cabezas, nos dijo: «Vosotros sois mis hijos en España.» Desde entonces le consideramos como nuestro padre en la India. Y tengo la seguridad de que este cariñoso afecto que por él sentimos nosotros lo sintieron todos nuestros amigos que desde entonces le conocieron.

Indudablemente, ésta ha debido ser la influencia que el venerable viejo ejerció sobre todos los miembros de la Sociedad Teosófica, esparcida por el mundo entero. Así se explica que todos se sometieran á sus fallos sin pensar remotamente en si éste sería favorable ó adverso. Se trataba de un padre cariñoso, pero recto; inexorable, pero imparcial, y aun afable en sus sentencias.

En aquellos días conmovía á la Sociedad Teosófica una de las muchas crisis por que ha pasado. El Coronel Olcott había llegado á España trayéndonos sus efluvios de cariño y paz, y con él vino para nosotros la confianza y la tranquilidad que por entonces nos faltaba, debido á la pasajera perturbación que en la Sociedad se sentía.

El hombre que había de arrostrar la tempestad, el que había de gobernar la nave, el que se encontraba envuelto en furioso temporal, estaba tranquilo, risueño, sin preocupaciones lleno de seguridad y dueño de sí mismo.

Desde esta modesta nación, donde radicaba la oficina presidencial—porque la oficina estaba donde estaba él—, partían las órdenes que habían de restablecer la calma, serenar los juicios y ser respetadas por todos, cruzando los mares y los continentes hasta esparcirse por las cinco partes del mundo.

Así ocurrió que, habiendo descarrilado el tren que partió delante del que á él le conducía á Francia, tuvo que detenerse en Zumárraga, y sin perder tiempo, allí, en una modesta fonda, fechó y puso en el correo su última disposición sobre el asunto Judge, á la cabeza de la cual se leía:

Zumárraga (Spain) Junio 5 de 1895

Office of the Presidente.

Y de este modo, los norteamericanos, los indios, los alemanes, los japoneses y otros muchos pueblos cônocieron la existencia del ignorado Zumárraga, que tan popular resultó entonces entre los miembros de la Sociedad Teosófica.

En él, avezado á viajar, que había perdido ya la cuenta de las veces que había atravesado el Atlántico y el Pacífico, debió impresionarle grandemente este rincón del mundo, donde unos doce amigos le adivinaban sus pensamientos para complacerle. Su afán estaba en aprender una canción popular española, en saborear nuestros cigarrillos y en remedar á los toreros, que sólo vió, como todos los extranjeros, unos momentos en la Plaza de Madrid. Aún recuerdo que ya en la estación, cuando todos sentíamos pena por separarnos de tan agradable compañía, él, risueño, después de abrazarnos, sacó un oloroso rosario buddhista, cuyas cuentas eran de pétalos de flores comprimidas, y se puso á entonar oraciones en hindú, lleno de confianza en el porvenir.

Y, sin embargo, á pesar de su jovialidad, de su carácter afable, todos sentíamos y todos han sentido por él un gran respeto. Sus órdenes siempre se han cumplido sin protesta, sin reparo alguno, y todos las han acatado comprendiendo la justicia y la imparcialidad que las dictaba. Sólo así se comprende que él, siempre errante por el mundo, acudiendo á donde la Sociedad le necesitaba, sin preocuparse de sí mismo, mantenía la unión y concordia de miles de séres que, siendo de muy diversas razas y nacionalidades y profesando distintas creencias religiosas, sólo estaban unidos por las bases de la Sociedad y por la autoridad presidencial, leve, pero decisiva.

Cuando ya pasados los años volvimos á verle en París (el año pasado), su simpática y venerable figura nos reanimó y revivió en nosotros aquella influencia benéfica que habíamos sentido la primera vez. Y esta vez también pesaba sobre sus hombros la árdua labor de Presidente, llevando á feliz término un trabajo de unión y justicia grande y difícil, cual se ve á través de la malla de su discurso presidencial pronunciado en el último Congreso de la Federación de las Ramas celebrado en París en Junio último.

Bien puede decirse que éste fué su último trabajo y su último triunfo. Desde entonces, sirviendo como preludio á su muerte la indisposición que le acometió el último día del Congreso, el

Coronel decayó en energías y lucidez. Signo, quizás, de que ya no volvería á pisar Europa fué el hecho trivial de perder en París su anillo predilecto; y desde aquellos días perdió su salud, y aun cuando recordando su habitual energía, y como impulsado por la fuerza adquirida quería seguir su camino de constante y altruista labor, su hado ó Karma fijaba su fin próximo, y por fin, sucumbió trabajando hasta el último momento.

Desde estas líneas, un su fiel amigo le manda cariñoso recuerdo, deseándole paz y feliz reposo para emprender de nuevo con él otra vez el áspero camino de la vida, trabajando para redimir á todos.

¡H. S. Olcott, paz, paz, paz!

M. Treviño y Villa.

Madrid, Febrero 1907.

¡HA MUERTO!

Sí, ha muerto el Coronel H. S. Olcott, Presidente de la Sociedad Teosófica; ha muerto la personalidad sacrificada á la causa de los divinos Maestros; ha muerto en el cumplimiento del deber impuesto por su «yo» eterno.

Pero el discípulo ferviente y leal de aquellos séres, el servidor de la Humanidad, vive; vive ahora más que antes, libre de las trabas impuestas por un cuerpo ya achacoso y enfermo.

Vive y trabaja, continúa su labor no interrumpida por las ilusiones de aquellas regiones desconocidas por la conciencia inferior de la gran mayoría de los séres. Un discípulo como él no «muere».

Reciba, pues, donde se halle, la expresión de nuestra simpatía y gratitud y nuestro eterno reconocimiento...

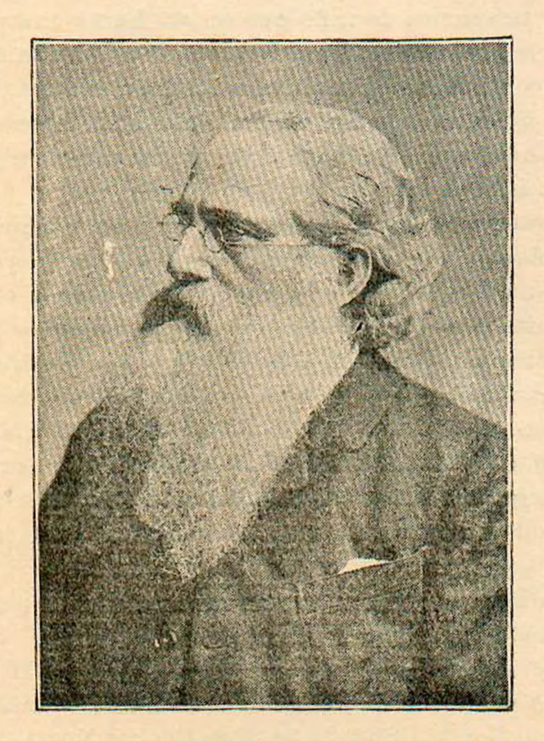
Carmen Mateos de Maynadé.

Barcelona 4 Marzo 1907.

CÓMO ERA

Era así como se ve en este retrato. Así fué hace muchísimo tiempo. Luego fué como se ve en este otro que va aparte. Hace poco era más viejo, naturalmente, pero sin variar mucho.

Esa barba bíblica, patriarcal, de Oriente, que traía el re-



CORONEL H. S. OLCOTT

cuerdo de Darwin, de Tolstoi, ha temblado muchas veces al abrirse los labios para la bondad, y jamás fué agitada por la cólera, y hasta el aire yo creo que nunca la descompuso de su estética y tranquila conformación.

Era afable, pausado; la mesura parecía una condición de su equilibrio personal. Y las palabras en francés, en italiano, en español salían de sus labios meditándose aún, pero llenas de fósforo, de trabajo, de sentimiento.

Su corpulencia, su volumen le imprimía esa majestad y ese reposo que ofrece siempre gallardos á los ancianos de Oriente, graves, corteses, que andan no por sus propios pies sino como llevados en andas por gentes de poca fuerza.

Apoyado en un mueble, reclinado en una columna, acariciaba la barba ó extendía una mano para levantar un velo invisible para los hombres, y hacía la luz poco á poco y ésta salía de sus ojos, unos ojos cansados que quebraban su fulgor tras la roca de sus lentes, puestos un segundo antes con la más deliciosa inhabilidad y la sonrisa de niño que quiere hacer una picardía.

Cuando le presentaban alguien, como volviendo de una distracción involuntaria, se admiraba un momento y decía en el idioma del presentado: «Ah, sí, Sr. Fulano, celebro mucho verle á usted bueno.» Ya no se olvidaba de aquel nombre, ni dejaba de recordar aquella cara.

Exteriormente era así, venerable, grueso, macizo. Parecía un león anciano respetado por el tiempo y los achaques.

A veces un párpado pesado, inobediente velaba un ojo y entonces le imitaba el otro, y dormido en apariencia se miraba por dentro, y atrapando una frase de los demás la contestaba inmóvil, pero queriendo abrir sus ojos con esa actitud de los ciegos que ponen en las cejas lo que no tienen en las pupilas.

Viéndole así ¿quién había de imaginar su obra, su actividad? Su edad, su gravedad, su mesura, el pequeño embarazo en su ademán, no decían nada de su gran energía, de su constante y persistente acción.

Y sin embargo, había hecho ya mucho. Ved lo que dice uno de sus biógrafos, otro norteamericano como él (1).

«Cuando estalló la guerra civil en América, H. S. Olcott abandonó su profesión de abogado, que había ejercido muchos años, é ingresó en las filas de los Estados del Norte. Después de haberse encontrado en cuatro combates sucesivos, y en el sitio de Fort-Macon, tuvo que retirarse á causa de la disentería que contrajo en campaña, como muchos de sus compañeros. Sus an-

(1) H. S. Olcott nació en 1832 en Orange (N. Y.) E. U.

tiguos trabajos sobre reformas agrícolas y otras materias, decidieron á las autoridades á hacer uso de sus talentos tan pronto como recobró la salud. En su consecuencia, fué elegido comisionado especial del Departamento de la Guerra, en cuyo cargo se distinguió, con riesgo de su vida, persiguiendo y poniendo de manifiesto enormes fraudes en contratos celebrados con el Gobierno. La sociedad tenía dispuesta la cantidad de 250.000 duros para sobornar al Coronel Olcott; pero ninguno de los que la componían tuvo la suficiente audacia para proponérselo. Poco después fué nombrado para una comisión en el Departamento de Marina, á petición del Secretario de la misma, y llevó consigo cartas de la más distinguida recomendación del Departamento de la Guerra, para facilitar el cumplimiento de sus nuevos deberes en servicio del Gobierno.

»Cuando se retiró del servicio público, á la terminación de la guerra, los diversos Departamentos del Gobierno compitieron en darle testimonios de sus valiosos servicios, según aparece de las cartas que conserva el Coronel, del Comodoro J. B. Hull, U. S. N.; de J. Holt, juez abogado general del Departamento de la Guerra; del Hon. P. H. Watson, secretario asistente de Guerra; del Hon. Wm. E. Chandler, secretario asistente del Tesoro, y otras muchas, todas las cuales atestiguan el celo, abnegación é integridad con que desempeñó sus deberes, en medio de los mayores peligros personales, y cómo llevó á buen término todos sus cometidos con su valor excesivo, con su determinación y con su lealtad.

»Poco tiempo después se dedicó de nuevo á su profesión de abogado, y fué nombrado Director de la Convención Nacional de Seguros. Las compilaciones que hizo durante los dos años que ejerció aquel cargo, han sido desde entonces el credo de los negocios de Seguros en los Estados Unidos. Por este tiempo conoció á Mad. Blavatsky, á quien encontró cuando desempeñaba una comisión del *Graphic* de Nueva York, para investigar las famosas manifestaciones espiritistas que ocurrían en la familia Eddy en la granja de Chittenden, Vermont. El resultado de sus investigaciones fué publicado en su libro *Gente del otro mundo*, mientras que su amistad con Mad. Blavatsky fué el principio de la subsiguiente formación de la Sociedad Teosófica.»

El mismo Presidente ha contado su encuentro con madame H. P. Blavatsky tal como fué. Nada de particular. Una cosa

sencilla. Su obra *Old Diary Leaves* empieza precisamente diciéndolo:

«Puesto que voy á contar la historia del nacimiento y progreso de la Sociedad Teosófica, debo empezar por el principio, y contar cómo se vieron por primera vez los dos fundadores. Fué una cosa verdaderamente vulgar *(à very prosaic incidente)*. Yo dije: *Permettez moi, madame,* y le di lumbre para su cigarro; nuestra amistad comenzó fumando, pero se acrecentó con un fuego permanente.»

Después vino el gran trabajo, la gran actividad, y renunciando á todo se dedicó á la causa de la Teosofía.

Su biógrafo Walter R. Old, añade:

«Cuando en 1879 él y Mad. Blavatsky fueron sometidos á la vigilancia de la policía, á consecuencia de falsas denuncias, los testimonios del Gobierno americano fueron remitidos al de la India, cuyo gobernador dictó una orden, adoptada en consejo, para que en lo sucesivo dejasen de ser molestados. Los testimonios referidos fueron después publicados en el *Suplemento al Theosophist* de Enero de 1881.

Cuando vivía en América, fundó el Coronel Olcott la Escuela de Agricultura, con arreglo al modelo suizo, y escribió tres obras sobre este ramo, de las que se publicaron varias ediciones. Por requerimiento especial dió también conferencias en tres legislaturas oficiales de Agricultura, y recibió ofrecimientos del Gobierno americano para desempeñar la misión botánica de Caffraria, y del Gobierno griego para la plaza de jefe de la Comisión de Agricultura de la Universidad de Atenas. La Sociedad Nacional de Agricultura de los Estados Unidos le concedió dos medallas de honor por sus reformas en este ramo, y el Instituto americano le regaló una copa de plata.

Además de escribir muchas obras originales de importancia para la instrucción pública, tradujo la *Humanidad póstuma,* de Adolfo D'Assier, á la que añadió un apéndice de sus propias investigaciones; y durante su carrera literaria escribió, como redactor de la sección de Agricultura, en el periódico de Horace Greeley, el *New-York Tribune,* y como corresponsal en los Estados Unidos del *Mark Lane Express*. Es digno también de mención que el Coronel Olcott es uno de los poquísimos soldados antiguos de la guerra civil que jamás han pedido ni recibido ninguna recompensa pecuniaria ó pensión por sus servicios.»

Una de las obras más interesantes que ha llevado á cabo ha sido el poner los cimientos para realizar la unión del buddhismo del Norte y del buddhismo del Sur, fijando un credo común para ambas iglesias. Y esa obra la realizó al hacer su célebre *Catecismo buddhista*.

El Presidente Fundador estuvo en España en Junio de 1895, y poco después obsequió á la Rama de Madrid con el retrato que reproducimos en tirada aparte.

Era así. Y ahora, recordando su enseñanza, viviéndola en nuestra vida, no hablemos en pretérito ó en pasado, sino en el eterno y perdurable presente de la Verdad.

Es así.

ARIMI

SIEMPRE HAY ALGUIEN

INCONMENSURABLE es la pérdida que los Teosofistas acabamos de experimentar con la muerte de nuestro dignísimo Presidente el Coronel Olcott, pues con ella desaparece una de las más grandes figuras del mundo teosófico. Indudablemente la pérdida es dolorosísima; mas si consideramos los trabajos y sacrificios que por espacio de tantos años ha llevado á cabo en bien de la causa teosófica, nos sentiremos llenos de ardor para continuar con mayor ahinco, si cabe, la tarea que nos hemos impuesto, mayormente teniendo la seguridad de que no ha de faltarnos la protección de nuestros venerables Maestros.

La paz sea con él.

Rosita Mérida.

H. S. OLCOTT

En la terra dels *Rishis*, vellurosa,
la fè d' un *Bôdhisattva*, conresares;
de les sòques budistes, la prehosa,
la florida brancada, reiligares;
de Blavatsky, la tasca generosa,
per tot el mòn, potent, descapdellares;
y de l' India, sòpita y confosa,
les ànimes puerils, enllumenares.
Com l' arbre *palsa*,— qu' abrigà ab ses fulles
la maxença del *Muni* més flayrós, —
el tèu exemple, de virtuts curulles,
cobricela les Branques, amorós;
y, de les téves funerals despulles,
ix un Lotus gemat, ¡de gayes flôs!

Joseph Plana y Dorca.
M. S. T.

Barcelona, Febrer de 1907.

TRADUCCIÓN

En el antiguo país de los *Rishis* cultivaste la fe de un *Bodhisattva*; volviste á ligar el preciado, el florido ramaje de los troncos budistas; potente, desovillaste por el mundo entero la generosa tarea de Blavatsky, é iluminaste las infantiles almas de la India, soporosa y conturbada. Como el árbol *palsa*, – que, con sus hojas, dió abrigo á la natividad del *Muni* más aromoso.— tu ejemplo, de virtudes colmadas, cobija las Ramas amorosamente; y de tus restos funerales surge triunfante un Loto ¡de alegres flores!

J. P. D.

LOS FUNERALES DE H. S. OLCOTT

El domingo 17 de Febrero falleció el Presidente Fundador, rodeado de Annie Besant y de las señoras Russak, Renda y Smart, esta última enfermera del Presidente. A las 12,30 el cadáver fué transportado al parapeto del jardín, convertido éste previamente en un amplio *hall*.

El cuerpo del Coronel se colocó dentro de un círculo de flores, y al lado, artísticamente dispuestos, se veían las representaciones monumentales de las diversas religiones humanas: los Vedas, el Zendavesta, los Pitakas, la Biblia, el Coran, el Adigrantha y algunos manuscritos jainas.

El cuerpo se ofreció cubierto con el pabellón de los Estados Unidos, de donde era originario el Presidente, y el pabellón buddhista, cuya religión profesaba. Destacábase únicamente la cabeza, serena, blanca y como dormida. Al dar acceso al público entró éste con el mayor orden, hombres, mujeres, niños, orientales y occidentales, hindos de todas las castas, buddhistas y parchamas. Todos fueron depositando flores cerca del cuerpo del Presidente.

A las 3,30 acudieron los representantes de las religiones buddhista, hinda, zoroástrica y cristiana, que con Annie Besant rodearon el cadáver. La ceremonia fúnebre la inauguró, desde luego, el representante buddhista; se entonaron los himnos palis del ritual, y el sacerdote expresó en breves y sentidas palabras cuánto había hecho el Presidente Fundador por la religión buddhista. Dos brahmanes entonaron en sanscrito las slokas fúnebres, testificaron su agradecimiento por los trabajos del difunto, y el honorable Sir. S. Subramania dió testimonio de agradecimiento hacia el Coronel por su obra, en magníficas palabras. Un parsi cantó los himnos del Zendavesta destinados al efecto y consignó la obra que cerca del parsismo desarrolló el difunto.

Después de estos grandes pasajes del Libro de la Sabiduría, ofreció su tributo el representante cristiano; y no habiendo llegado el de la religión islámica, habló por su nombre Annie Besant en los más elocuentes términos.

Seis brahmanes y cuatro buddhistas depositaron luego el cadáver sobre la pira, y materialmente terminó el imponente acto. Después, de las cenizas del Presidente Fundador se arrojó una parte al mar, desapareciendo entre las olas para correr hacia todas las costas, y otra se reservó en un relicario que se envió á Benares, donde en el Santo Ganges se unirán con parte de las de Mme. Blavatsky.

* * *

EL ROBLE HA CAÍDO

Ha caído como el árbol secular cargado de años y después de haber producido ópimos frutos. Sí; el Presidente de la Sociedad Teosófica, el Coronel Henry Steel Olcott, ha recobrado una vez más su libertad después de treinta y un años de una labor incesante en pro de los ideales teosóficos; ha dejado su última envoltura física después de haber trabajado con una constancia y abnegación dignas de la noble y elevada causa que la Teosofía sustenta. Pero sólo ha abandonado su cuerpo físico, mas no á nosotros ni al ideal que constituye sus más caras y preciadas aspiraciones. Se nos figura que el ego ó mónada que en su última encarnación física fué el digno Presidente de la Sociedad Teosófica continúa entre nosotros. Un campeón de la talla de Olcott, no debe, no puede abandonar el campo de batalla por el mero hecho de que su forma mortal haya fenecido, como creemos no lo abandonó su colega H. P. Blavatsky. El descanso devachánico sólo es para egos relativamente débiles, mas no para los que, como Olcott, atesoran una suma de energías que les hace aptos para continuar combatiendo sin tregua ni descanso por las verdades que entraña la moderna Teosofía.

Por esto decimos el «Roble ha caído», no ha muerto. La palabra *muerte* debe ser borrada del vocabulario teosófico. Pero en el caso presente, esto es, con motivo de la desencarnación de nuestro querido Presidente, debe serlo doblemente, puesto que

no sólo no ha muerto, sino que ni siquiera nos ha abandonado; ni siquiera ha partido para la verdadera patria de la mónada humana, el Devachán, como les sucede á la inmensa mayoría de los séres humanos al transponer el umbral en donde termina la vida física.

Nosotros sentimos más bien alegría que pesar cuando se nos dice que alguien *ha muerto,* porque consideramos que el que se halla en este caso ha conseguido libertarse de una pesada carga, y sólo nos apena la aflicción y tristeza de aquellos que no son bastante fuertes para sobreponerse á una separación sumamente útil y beneficiosa para el sér humano que deja la vida física. La llamada muerte es el trance más dichoso que puede acontecerle al hombre en este mundo, y todos aquellos que se precien de saber filosofar y de tener ideas y sentimientos altruístas, deben alegrarse de que uno de sus semejantes consiga la preciada libertad que lleva consigo el abandono del plano físico.

Por este motivo no decimos que la desencarnación de nuestro venerable Presidente nos aflige, sino que, por el contrario, consideramos este hecho como un caso feliz, así para él como para la causa que tan querida nos es á todos los teosofistas; pues si bien por el momento no lo tendremos á nuestro lado en cuerpo físico para dirigirnos y estimularnos con su ejemplo, en cambio no dejará de trabajar en cuerpo astral con el mismo ardor y entusiasmo que le caracterizan, hasta que Karma nos lo devuelva en un nuevo cuerpo físico que contenga todas las energías propias de la juventud, añadidas á las experiencias y conocimientos que en su estancia en el plano astral habrá adquirido.

Digamos, pues, nuestro compañero Presidente no ha muerto, sólo nos ha dejado por breve tiempo; el roble sólo ha caído para levantarse más joven y lozano que antes, y para dar más abundantes y sabrosos frutos.

José Granés.

ANTE UN CADAVER

Cuando eso que han dado en llamar muerte surge de improviso y nos arrebata algo que está íntimamente ligado á nuestro sér

por los lazos del cariño, de la admiración ó de la necesidad, trae consigo un estado de anonadamiento general que nos envuelve y oprime.

Entonces es cuando asoman sus cabezas los diferentes *yos* que hay en nuestra naturaleza humana, sobresaliendo é imponiéndose á todos los demás aquel al cual hemos dado más vida en nuestro pensamiento.

Hasta el que odia y ve á su enemigo aniquilado para siempre, se anonada por no poder seguir haciéndole mal.

Cariño en todas sus manifestaciones familiares, afectos, simpatías, conveniencias sociales, todo ello al fin no es otra cosa sino egoísmo, cuando no se tiene vista de águila para elevarse y mirar desde muy alto sin miedo al vértigo.

Yo necesitaba ese cariño: ¿Por qué me abandona? Yo no puedo vivir sin ese apoyo: ¿Por qué lo perdí? Ese hombre era necesario á la sociedad, al progreso, á la creencia: ¿Por qué desaparece?...

Estas son las preguntas que se formulan por el yo egoísta, que no acierta á destruir todo lo que es personal y cae en lo más profundo del pesimismo, á fuerza de perseguir un optimismo engañador.

Por eso, cuando veo que la *callada intrusa* se me lleva algo que me es caro, apenas asoma la cabeza el yo quejumbroso que pide llantos y dolores, procuro dominar ese anonadamiento de que antes hablé, me elevo buscando otros horizontes, y al decirle al dolor que pase de largo, pienso que aquellos que mueren están dentro de esa eternidad que es todo alegría, según la sentencia nietzscheana del hombre fuerte.

Yo sé lo que representa para todo teósofo, y muy particularmente para la Sociedad Teosófica, la muerte de su ilustre Presidente el coronel Olcott, pero sé también que en el fondo de esto no hay más que un simple cambio. Se ha perdido una personalidad, pero la inteligencia que animaba á lo que hoy sólo es miserable despojo carnal continuará inspirándonos.

Nada de tristezas. Mi humilde voz no se levantará para entonar un canto plañidero ni una oración fúnebre. No quiero blandones en torno de ese féretro, ni paños enlutados, ni sombras de dolor. Ha sucedido lo que debe suceder cuando en una de las infinitas etapas de la evolución humana la chispa de luz que anima á un sér lo abandona para brillar más tarde en otro.

El que se fué cumplió una parte de la misión que le estaba confiada; los que quedamos debemos verle partir sin pena alguna.

Rindamos honores fúnebres á nuestro jefe. Sepan todos aquellos que comulgan en las ideas teosóficas, por otras plumas más autorizadas que la mía, lo que representaba el coronel Olcott, si bien puede desde luego asegurarse que nunca será bastante comprendido por nosotros los hombres de Occidente. Los del otro extremo, aquellos que viven más cerca de la Luz, nada tienen que preguntarse, porque los más elevados en el conocimiento oculto confirieron á nuestro Presidente poderes por nosotros no vislumbrados.

Tengamos todos la necesaria serenidad en estos momentos de prueba, bien seguros de que el coronel Olcott no ha muerto, pues su espíritu continuará siempre presidiendo á la Sociedad Teosófica.

Jacobo San Martín Lozano.

Órbita, eterno camino.

Sí. Tras una involución más ó menos larga á través de la materia, la Mónada Esencial retorna á su fuente de origen. Al abandonar la vestidura de carne descompónese ésta en células, luego en albúminas, en ácidos crasos y ptonianas, en moléculas simples de agua y anhídrido carbónico, en fin, y hasta á veces en átomos simples, que libres retornan á la gran masa terrestre, de la que primitivamente partieran al formar el cuerpo organizado por síntesis inversas y sucesivas.

Pero tras la vestidura de *materia química*, vulgo cuerpo, que de tal modo se resuelve en sus elementos protéicos, existe — la ciencia positiva no lo repugna — otra vestidura de *materia electrónica*, de materia física que, como más vecina del remoto prothilo, es la última en alcanzar á su descomposición en fuerzas físicas (calor, luz, electromagnetismo, etc.) y en lo que pudiéramos llamar electrones libres, siguiendo á Gustavo Le Bon.

Y así como pasa un tiempo en que la albúmina del cadáver es aún albúmina y luego se desdobla en ureidos y álcalis, después en ureas y ácidos hasta caer en lo inorgánico al cabo de algunos días, así creemos nosotros que transcurre un tiempo

mayor hasta que este organismo electrónico, *eidolon* que diría Platón, cuerpo glorioso San Pablo, doble etéreo, astral infe- rior, etc., de las escuelas, se disocie por una muerte segunda.

En semejante intervalo entre las dos muertes, yo creo bue- namente que el hombre está asociado con el ambiente terrestre y vagar puede á su sabor por los lugares queridos, los sitios in- estudiados, todo, en fin, cuanto antaño le solapase más ó menos la superficie del planeta.

Por eso creo asimismo que los poetas, los científicos, los ar- tistas y en general cuantos están habituados á cierta vida men- tal ó hiperfísica, les depara este tiempo una ocasión feliz de cumplir dentro de un subjetivismo perfecto más de un ensueño grato de su fantasía durante la vida que acaban de dejar.

Si esto fuera verdad diríase que el grande y puro espíritu de Olcott se preparó en sus últimos años para tales erráticos viajes, con los que el *hombre sin carne grosera* se halla más que nunca señor del planeta, cuanto elemento al par de ulteriores destinos del mismo planeta, que es para la Humanidad que le habita algo así como una síntesis ulterior y más excelsa. Los últimos años de Olcott aparecen tocados, en efecto, de una erraticidad sin- gular. Con intervalos de meses le vemos en India, Norte-Amé- rica é Italia.

Tal vez se quiso simbolizar por la tradición semejante dis- tintivo de los hombres superiores con el mito de aquel singular condenado, cual los astros siempre solo y siempre errante.

¡Anda, anda, anda; he aquí, en efecto, la más secreta voz para el astro y para el hombre!

M. Roso de Luna.

H. S. OLCOTT

«*Amicus humani generis.*»

Una dolorosísima pérdida acaba de experimentar la Sociedad Teosófica con la muerte de su dignísimo Presidente Fundador, el Coronel H. S. Olcott, que ha llevado por espacio de treinta y tantos años una vida de abnegación y continuos desvelos, una vida fecunda enteramente consagrada á la dirección y prospe- ridad de una asociación cuyo primer objeto, altamente filantró-

pico, es «formar el núcleo de una fraternidad universal de la Humanidad, sin distinción de raza, credo, sexo, casta ó color.»

Vivimos desgraciadamente en un siglo egoísta, corrompido y aferrado á toda suerte de intereses materiales, en un siglo en que fulguran siniestros los odios de clase, raza, creencias y nacionalidad, en que se hallan entronizados innumerables vicios y errores seculares. Así es que todo esfuerzo enderezado á ennoblecer la humanidad y elevar su espíritu; toda tentativa que tienda á extinguir esos odios inveterados y arraigar en el corazón de los hombres sentimientos de altruísmo, de tolerancia mutua y de afecto recíproco, cual corresponde entre verdaderos hermanos; toda aspiración, en fin, dirigida á hacer que el mundo entero abra los ojos á la refulgente luz de la Verdad y se aproveche de las sublimes doctrinas y enseñanzas contenidas en las religiones, literaturas y filosofías del Oriente, todo esfuerzo y toda aspiración que á estos laudables fines tienda han de ser acogidos con aplauso sincero por todos cuantos se precien de tener sentimientos nobles, por todos cuantos suspiren por la pronta realización de los elevados destinos de la humanidad.

Estos nobilísimos, estos sublimes ideales impulsaron á H. S. Olcott y á la inolvidable H. P. Blavatsky á fundar la Sociedad Teosófica que, nacida en Nueva York en el año 1875, se ha ido extendiendo gradualmente por todo el mundo civilizado.

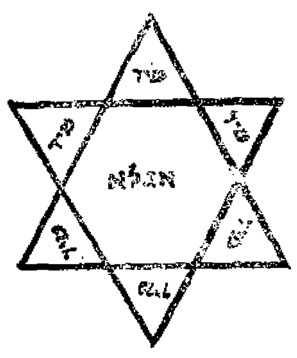
No hay para qué enumerar los reiterados sacrificios que H. S. Olcott tuvo que imponerse; los sinsabores y amarguras que hubo de soportar; los dicterios, ataques é insultos de toda clase que contra él lanzó un público fanático é intolerante; todo lo llevó con heroica resignación y ánimo sereno el magnánimo Coronel, pues ni se amilanaba ante las hostilidades y los contratiempos, ni en su corazón generoso podía albergarse rencor hacia persona alguna; en una palabra: tantas y de tal valía eran sus virtudes, energías y capacidades que, por decirlo todo de una vez, H. P. Blavatsky le designó para el delicado y alto cargo de Presidente perpetuo de la Sociedad Teosófica, y si actualmente, por razón del materialismo, de la rutina y de la indiferencia imperantes, son todavía en gran número los que ni aun de nombre conocían á H. S. Olcott, la humanidad futura, más espiritualizada que la presente, le venerará como á uno de sus representantes más virtuosos y esclarecidos.

J. Roviralta Borrell.

EL REGALO DE LOS DIOSES

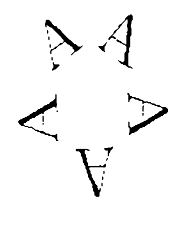
§ IV.—LA SIGNIFICACIÓN DE LA PENTALFA

POR regla general, siempre que se habla del sello de Salomón se le dibuja ó representa como dos triángulos enlazados. Algunos autores, ya ocultistas, ya profanos, designémosles así, le ofrecen, sin embargo, como una estrella de cinco puntas. ¿Cuál de las dos figuras es la más exacta, la más auténtica ó la más autorizada? Este extremo procuraremos dilucidarlo más adelante; ahora, á título de anticipo, indicaremos que el doble triángulo ó exágono fué conocido en la antigüedad como el escudo de David, y así lo reproduce admirablemente trazado con una especie de lises Juan Alberto Fabricio, en la página 1.007 de su *Codex Pseudoepigraphos*, tomándolo de una obra más antigua, en la que se le recomienda como un preservativo contra los incendios. Los esenios parece que le conocieron, empero, como el sello de Salomón, y únicamente los demás judíos le atribuían su paternidad al rey David.



En la visión de San Juan en Patmos, el Señor le dice que «tiene la clave de David», lo que abre y cierra todo (1).

La estrella de cinco puntas ó pentalfa, porque se puede construir con cinco A alrededor de un punto, se ha tomado, en efecto, como el verdadero sello de Salomón por diferentes autores, entre los cuales mencionaré principalmente á dos. Uno de ellos es Goethe, según puede verse en el siguiente texto de su inmortal y celebrado poema:



«Desde ahora vas á pertenecerme — dice Fausto al Diablo,

---

(1) *Apocalipsis*, III 5.

que bajo la apariencia de un perro entra en el gabinete de estudio —, porque la clave de Salomón es infalible para semejante aborto infernal» (1).

Y un poco más adelante, cuando ya se le ha revelado Mefistófeles y éste quiere salir, dice al doctor:

—«¿Lo confesaré? Hay un pequeño obstáculo que impide mi salida: el pie mágico en vuestro umbral.»

—«¿Tanto te inquieta el pentágono?—dice Fausto—. Dime, hijo del infierno, si tanto te incomoda ¿por qué has entrado aquí? ¿Es posible que un espíritu como tú se haya dejado coger de este modo?»

—«Luego lo comprenderás—contesta Mefistófeles—, porque está mal colocado: el ángulo vuelto hacia la calle se presenta, como ves, algo abierto» (2).

Efectivamente, es un mal signo la estrella de cinco puntas con sus dos *cuernos* hacia arriba; signo que, como dice Helena P. Blavatsky, «todo ocultista reconocerá como la mano izquierda» (3).

En otra parte, la misma H. P. Blavatsky ha dicho: «No comprendemos como King, en sus *Piedras Gnósticas*, representa el sello de Salomón como una estrella de cinco puntas, cuando tiene seis, y en la India es el sello de Vishnú» (4).

El meritísimo King no sólo manifiesta esa opinión en la obra citada, sino que se inclina abiertamente hacia ella en diferentes pasajes de otra obra aún más meditada y excelente. En *Los gnósticos y sus restos*, dice en un sitio, por ejemplo: «La figura de cinco puntas, hecha bisectando los lados de un triángulo equilátero con una línea tan larga como un lado, y trazando líneas hacia los extremos de la línea de cada base del triángulo, símbolo de Siva y Brahmâ (este último dios tenía *cinco* cabezas), llega á ser luego el famoso «sello de Salomón» (5).»

Y en otra parte:

«El famoso *Pentaclo* (sello de Salomón) de los templarios era, piensa Nicolai con mucha razón, el poderoso símbolo pres-

(1) J. W. Goethe.—*Fausto*, I parte.
(2) J. W. Goethe.—Idem.
(3) Doctrina Secreta. I, pág. 30, edic. castellana.
(4) Isis sin Velo. II. cap. 6 edic. castellana, pág. 282, nota.
(5) King.—*The gnostics and their remains*, 2.ª edic.—London, 1887.—David Nutt, pág. 388.

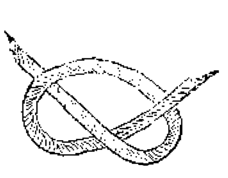
crito en el diagrama de los ofitas, ofrecido para la ascendiente alma al genio de cada esfera para abrir libre paso á la luz celestial: «¡Oh, Primero y Séptimo Uno (Ildabaoth, con de Saturno), engendrado para dirigir un poder, primera Palabra de la Inteligencia pura! Obra sobre el signo del Padre y del Hijo. Presentándote en este sello el *signo de la vida*, abro la puerta que tu poder cerró al mundo y libremente atravieso tus dominios» (1).»

En otras partes de su obra hace iguales indicaciones, y siempre toma á la estrella de cinco puntas ó pentalfa como la expresión exacta del sello de Salomón. La indicación de H. P. Blavatsky ya apuntada y que desenvolveremos más adelante, es suficiente por ahora para notar la inexactitud inexplicable de King que, después de todo, no se propuso estudiar detenidamente este punto.

Hay además alguna razón para haber diputado á la estrella de cinco puntas como el sello de Salomón. Ha sido ésta, acaso, su propia estructura, cuidadosamente analizada, aunque no tanto como debía serlo para una afirmación semejante.

En último término, al cabo de un análisis sobre la misma figura, un pentágono, una pentalfa ó una estrella de cinco puntas, no es ni más ni menos que un nudo. El trazado geométrico de ella ya ofrece la curiosa particularidad que sin dejar el lápiz ó la pluma puede trazarse sin levantar la mano y sin cuidado alguno. Se la puede considerar como compuesta de cinco alfas, etc., etc.

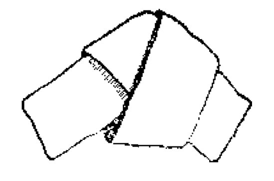
El carácter nudal de la pentalfa es, con todo, el más significativo de esta misteriosa figura. Fijándose bien en ella se ve perfectamente que es un nudo flojo, sin apretar, lo que puede comprobarse en vez de hacer un nudo sencillo con una cuerda, haciéndolo con una cinta ó una tira de papel. Dando á estos objetos las vueltas necesarias se engendra un perfectísimo pentágono, lo que no puede hacerse con tanta perfección con otro medio mecánico.



Si en un tiempo remoto se quiso representar un nudo en la pentalfa, no es cosa ciertamente averiguada, pero sí puede con-

(1) KING.—*Idem*, pág. 423-424.

jeturarse con alguna probabilidad. Desde luego, como todo laberinto lineal, representa un camino trazado, que si *no debe* seguirse, sí *se puede* seguir; y en este último caso, si en verdad no se dibujó en principio para ser un *símbolo*, si pudo serlo después por la posibilidad de serlo.

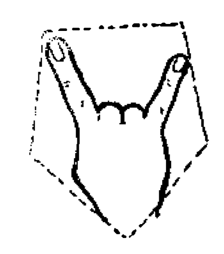


Estamos rodeados constantemente de signos que pueden ser símbolos y emblemas perfectos en el día de *mañana*. Es más, estamos envueltos y circundados por símbolos dormidos; y no parece, en efecto, cuando se repara en ello, sino que todo nuestro saber consiste en despertar esa simbólica que yace en el Espíritu y en la Naturaleza.

Es curioso recordar en este caso que el enigma, el obstáculo y el misterio se ofrecen en todo el mundo antiguo como un nudo. Lo que debe resolverse es lo que debe desatarse, desanudarse; así como lo que debe proseguir, lo que ha de continuar y lo que necesita renovarse pide siempre una soldadura ó un nudo. Este doble carácter que posee el nudo le presenta como bueno y como malo, y de ahí la necesidad de ofrecerlo en posiciones distintas y diametrales para simbolizar el bien ó el mal. La posición de la estrella de cinco puntas varía así, y significa las cosas *más* opuestas según tenga hacia arriba ó hacia abajo una ó dos puntas. Dando más plasticidad á esos símbolos se les representa de un modo más gráfico inscribiendo, por ejemplo, en el pentágono cuando tiene un ángulo hacia abajo, la cabeza de un macho cabrío ó la de un toro, de manera que en los ángulos se inscriban los cuernos, las orejas y el hocico. Invirtiendo la figura, esto es, colocándola de modo que un ángulo quede en la parte superior, se la considera como inscribiendo la figura humana, como vieron en su tiempo los cabalistas y lo consignó Enrique Cornelio Agrippa en su obra *De Occulta Philosophia*, libro II, y lo han observado desde tiempo inmemorial los indios y modernamente entre nosotros el Sr. Soria y Mata en *Origen poliédrico de las especies*. Representa también la pentalfa, como se ha dicho ya recordando á Mad. H. P. Blavatsky, la mano izquierda. Tal es también el sentido que tiene en nuestra superstición popular, y así nues-



tro vulgo, desde tiempo inmemorial, dispone de dos pentágonos, bueno y malo, para conjurar las desgracias. La *higa*, conocida también en Italia, es el pentágono del bien, y así se usa ejecutado en coral para preservar del mal de ojo. El pentágono del mal es lo que se conoce como los cuernos, la mano con los dedos índice y pequeño extendidos para maleficiar al enemigo, y que hoy, trasladando el sentido, se hace invocando al lagarto (!) para preservarse del daño (1).



La figura mala es, pues, la que dispone los dos ángulos hacia arriba, porque de no ser algo contra natura—la posición invertida del hombre—es el elogio de la sexualidad y de la carne.

Como representación del enigma, el pentágono ó la pentalfa, transformándose en un nudo, juega un papel importante en la religión antigua. Bueno será recordar para el caso el propio ovillo de Ariana, y mejor aún la leyenda de *El Nudo Gordiano*. Los autores que la refieren la cuentan como pudiera hacerse á quien supiese algo más de lo que ellos dicen. Un labrador de Frigia llamado Gordio, mientras araba su campo se vió rodeado de pájaros. Este hecho le sorprendió por lo raro, pues no era natural la presencia de las aves en aquella estación. ¿Qué querían aquellos animalitos? ¿No dejarle sembrar, ó es que esperaban con antelación los frutos de las semillas? Gordio resolvió averiguarlo y fué en busca de un adivino que le aclarase el suceso, pero halló en su camino á una joven que le auguró buena suerte y le escogió como esposo. En aquellos momentos los frigios, que habían resuelto escoger un rey al azar, para resolver así una serie de competencias, cercaron á la pareja proclamándola soberana, pues Gordio reunía casualmente la primera condición de los vaticinios: la de dirigirse al templo de Zeus llevando un carro, carro que Gordio juntamente con su arado iba á consagrar al dios por su feliz matrimonio. El nudo que Gordio hizo en su yugo adquirió así, por la solemnidad, una poderosa importancia. Andando el tiempo fué una constitución, un enigma, una seguridad. Cuando Alejandro llegó al Asia Menor y pasó por la ciudad de Gordio, el nudo nacional

(1) A los *evangelios* (!) amuletos que se les pone en la faja á los niños de pecho en España, se les da la forma pentagonal invariablemente.

estaba en su apogeo. La desmoralización del país trabajaba, por decirlo así, tanto por apretarlo como por deshacerlo. Era un tiempo en que «el que desatase la lazada con que estaba sujeto el yugo al referido cono, decían que debía conseguir el dominio del Asia. El nudo estaba hecho de corteza de cornejo, y tan primorosamente, que era imposible ver donde empezaban los cabos y donde concluían. Alejandro no halló medio de desatarlo, y no queriendo tampoco dejarlo sin soltar, no fuera que este fracaso produjera alguna impresión desfavorable en la multitud, lo cortó con la espada, declarando que ya estaba desatado.» El mismo historiador añade: «Pero Aristóbulo afirma que lo que hizo fué separar el yugo de la lanza, quitando una clavija de madera que la atravesaba de por medio y á la cual estaba atado el nudo» (1). De todos modos, después del suceso, fuera como fuese, y no debió ser muy fácil, lo cierto es que se celebraron fiestas y que Alejandro se posesionó del reino.

Pero esta leyenda, si bien es famosísima y la que mejor expresa la importancia y el valor del nudo, no agota, por decirlo así, toda la significación nudal.

El nudo pentagonal, el nudo sencillo, yo creo que subsiste con todo su valor oculto en las varias supersticiones en que se emplea como acción, ó como cosa imprescindible para la ejecución del hecho que ha de dar un resultado que se espera.

Entre otras supersticiones españolas, yo recuerdo las siguientes, que no dejan de ser interesantes, y en las que aparece el doble significado de bien y de mal.

Las quebraduras se conjuran en los niños en algunos pueblos de Extremadura del siguiente modo: Una pareja que forzosamente han de llamarse Juan y María hienden un mimbre formando con ambas ramas un arco por donde pasan al enfermo, diciendo tres veces:

—Toma, María.
—¿Qué me entregas, Juan?
—Un niño quebrado.
—¿Quién lo sanará?
—La Virgen María
y el señor San Juan.

Se ata luego el mimbre como en los ingertos á escudo y si sueldan los extremos, el niño se cura.

(1) Arriano.—*Historia de las expediciones de Alejandro*, lib. II, cap. 3.º.

Hay otras muchas supersticiones que si no hacen referencia directa al nudo á él tocan en cierto modo, por ejemplo:

La mala sombra (mala suerte) que proporciona, según las mujeres de la clase baja, tropezar con un cura, se conjura tocando un hierro ó agarrándose el moño, que es un nudo en último término.

Una mujer en cinta no debe devanar una madeja, porque el fruto de sus entrañas se enredará tantas veces con el cordón umbilical como vueltas dé al hilo.

A los perros se les combate el moquillo poniéndoles un collar con siete nudos ó siete corchos.

Un regalo muy estimado por los mozos gallegos y asturianos es la cinta con que sus novias se anudan el corpiño.

Al regresar de las romerías en Galicia las jóvenes atan con nudos las espadañas que encuentran en el camino, y después de pegar con ellas en broma á los jóvenes, si se conservan sin deshacerse creen que se casan durante el año.

Una mujer en cinta debe abstenerse de peinar á cualquiera para no perjudicar á la criatura que ha de dar á luz, al desenredar el pelo á la persona á quien peina.

Al lado de las innúmeras supersticiones sobre el nudo, que desde la India se extienden por todo el mundo, pueden ponerse todas aquellas que indican sujeción ó liberación. La India es riquísima en ellas. Cuando una mujer da á luz entre los indios, el brahman desata todos los nudos que encuentra en la casa; en Alemania del Norte el mismo rito se encuentra adaptado á la actualidad, y cuando la madre llega á su término se abren todas las cerraduras de las puertas, de los cofres, de los armarios, etc., etc. (1).

En el mundo del crimen y del maleficio la superstición nudal llega á su mayor expresión y sufre todas las transformaciones que ha sufrido en la magia buena. El nudo se asimila á las nueces, á las habas, á las tijeras, al signo de la cruz, y los signos expresivos ejecutados con los dedos. Hay nudos así buenos y malos. Una vez es la nuez la guardadora de la dicha, como vemos en muchísimos cuentos, y otras veces lo es de la desgracia y del mal. Hoy que las supersticiones van perdiendo

(1) V. HENRY. — *La magie dans l'Inde antique*, pág. 143. — París, 1904. Dujanic.

la minuciosidad en sus reglas, se confunden esos nudos, pero seguramente en otra época no fué indiferente hacerlos hacia arriba ó hacia abajo, como no lo fué, ni lo es, el poner de ésta ó de la otra manera el pentágono.

Si esta aclaración pareciera fuera de lugar en el estudio que hacemos, recuérdese para disculpa nuestra que en la antigüedad el pueblo peruano al inventar sus famosos *quipos*, cuerdas anudadas de diferentes colores y de diversa manera para escribir sus mensajes y sus crónicas, hizo el más sublime de los elogios del misterio nudal, un misterio que nadie ha descubierto todavía y que puede servir, como vemos, por su excelencia para sospechar que el pentágono fué el verdadero sello de Salomón.

RAFAEL URBANO

LA FE

La fe, dicen los teólogos que es *un hábito del alma cierto y obscuro*; y la razón de ser hábito obscuro es porque hace creer verdades reveladas por el mismo Dios, las cuales son sobre toda luz natural y exceden todo humano entendimiento. De aquí es que para el alma esta excesiva luz que se le da de fe, es obscura tiniebla, porque lo más priva y vence á lo menos, así como la luz del sol priva otras cualesquiera luces, de manera que no parezcan luces cuando ella luce, y vence nuestra potencia visiva; así que antes la ciega y priva de la vista que se le da, por cuanto su luz es muy desproporcionada y excesiva á la potencia visiva; así la luz de la fe, por su gran exceso y por el modo que tiene Dios en comunicarla, excede la de nuestro entendimiento, la cual sólo se extiende de suyo á la ciencia natural, aunque tiene potencia obedencial para lo sobrenatural, cuando nuestro Señor la quisiere poner en acto sobrenatural. De donde ninguna cosa de suyo puede saber sino por vía natural, que comienza por los sentidos, para lo cual ha de tener las fantasmas y sentidos de los objetos en sí ó en sus semejanzas, y de otra manera no; porque, como dicen los filósofos: *Ab objecto, et potentia paritur notitia*. Del objeto presente y de la potencia nace en el alma la noticia. De donde, si á uno le dijesen cosas que él nunca alcanzó á conocer, ni jamás vió semejanza de ellas, en ninguna manera le quedaría más luz de ellas que si no se las hubieran dicho. Pongo ejemplo: Si á uno le dijesen que en cierta isla hay un animal que él nunca vió, si no le dicen alguna semejanza de aquel animal que él haya visto en otros, no le quedará más no-

ticia ni figura de aquel animal que antes, aunque más le estén diciendo de él.

Y por otro ejemplo más claro se entenderá mejor: si á uno que nació ciego, el cual no vió color alguno, le estuviesen diciendo cómo es el color blanco ó el amarillo, aunque más le dijesen, no entendería más así que así, porque nunca vió los tales colores ni sus semejanzas para juzgar de ellos; solamente le quedaría el nombre de ellos, porque aquello pudo percibir por el oído, mas la forma y figura no, porque nunca la vió.

A este modo (aunque no semejante en todo) es la fe para con el alma, que nos dice cosas que nunca vimos ni entendimos antes en sí, ni en semejanzas suyas, que sin revelación nos pudieran llevar á su conocimiento; y así, de ellas no tenemos luz de ciencia natural, pues á ningún sentido es proporcionado lo que nos dice; pero sabémoslo por el oído, creyendo lo que nos enseña sujetando y cegando nuestra luz natural; porque, como dice San Pablo: *Ergo fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi*. La fe no es ciencia que entra por ningún sentido, sino sólo es consentimiento del alma de lo que entra por el oído. Y aun la fe excede mucho más de lo que dan á entender los ejemplos dichos; porque, no solamente no hace evidencia ó ciencia, sino (como habemos dicho), excede y sobrepuja otras cualesquier noticias y ciencia, para que pueden bien juzgar de ella en perfecta contemplación.

Otras ciencias, con la luz del entendimiento se alcanzan; mas esta de la fe, sin la luz del entendimiento se alcanza, negándola por la fe, y con la luz propia se pierde. Por lo cual dijo Isaías: *Si non credideritis, non intelligetis*. Si no creyéredes, no entenderéis. Luego claro está que la fe es noche obscura para el alma, y de esta manera la da luz; y cuanto más la obscurece, tanta más luz la da de sí; porque cegando da luz, según el dicho de Isaías: Si no creyéredes, esto es, os cegáredes, no entenderéis, esto es, no tendréis luz y conocimiento levantado y sobrenatural. Y así, se figura la fe por aquella nube que dividía á los hijos de Israel y á los egipcios al punto de entrar en el mar Bermojo, de quien dice la sagrada Escritura: *Erat nubes tenebrosa et illuminans noctem;* que era nube tenebrosa y alumbradora de la noche. Admirable cosa es que, siendo tenebrosa, alumbrase la noche, para dar á entender que la fe, que es nube obscura y tenebrosa para el alma (la cual es también noche, pues en presencia de la fe de su luz natural queda privada y ciega), con su tiniebla alumbrada y da luz á la tiniebla del alma, para que así fuese semejante el maestro al discípulo. Porque el hombre que está en tiniebla no podía convenientemente ser alumbrado sino por otra tiniebla, según nos lo enseña el Salmista, diciendo: El día reposa y respira palabra al día, y la noche muestra ciencia á la noche; *Dies diei eructat verbum, et nox nocti indicat scientiam*. Esto es, el día, que es Dios en la bienaventuranza, donde

ya es de día, á los bienaventurados ángeles y almas, que ya son día, les comunica y descubre su divina palabra, que es su Hijo, para que le sepan y le gocen; y la noche, que es la fe en la Iglesia militante, donde aún es de noche, muestra ciencia á la Iglesia, y por el consiguiente á cualquiera alma, la cual es noche; pues aún no goza de la clara sabiduria beatífica, y en presencia de la fe está ciega de su luz natural. De manera que lo que de aquí se ha de sacar es que la fe, que es noche obscura, da luz al alma, que está á obscuras, y se verifica lo que también dice David en otro salmo: *Et nox illuminatio mea in deliciis meis;* la noche será mi iluminación en mis deleites. Lo cual es tanto como decir: En los deleites de mi pura contemplación y unión con Dios, la noche de la fe será mi guía; dando á entender que el alma ha de estar en tiniebla para tener luz y poder andar este camino.

San Juan de la Cruz

EL SABER OLVIDADO

Recientemente, un trabajador infatigable, el meritísimo G. R. S. Mead, ha dado á la estampa la mejor y la más completa edición de las célebres obras de Hermes Trismegisto. Del valor y utilidad de semejante trabajo no hemos de decir con nuestro elogio una palabra más sobre lo que ya ha dicho para premio de nuestro hermano y amigo la crítica más competente del Reino Unido.

Ahí va la versión española de uno de los más célebres trabajos del famoso Trismegisto, y sirva de prueba para unos y de estímulo para otros para que vean el valor y la necesidad de volver sobre los más antiguos documentos del saber y de la *Gnosis*.

Esta versión está hecha sobre la de Menard y con los fragmentos de Stobeo á la vista.— R. U.

EL DISCURSO UNIVERSAL

HERMES

Todo móvil, Asclepios, ¿no se mueve en algo y por alguna cosa?

ASCLEPIOS

Sin duda.

HERMES

El móvil ¿no es necesariamente menos grande que el lugar del movimiento?

ASCLEPIOS

Necesariamente.

HERMES

El motor ¿no es más fuerte que el móvil?

ASCLEPIOS

De seguro.

HERMES

Y el lugar del movimiento ¿no es necesariamente de una naturaleza contraria á la del móvil?

ASCLEPIOS

Sí, cierto.

HERMES

Y este mundo es tan grande que no hay cuerpo mayor que él.

ASCLEPIOS

Convengo en ello.

HERMES

Y es sólido porque está lleno de un gran número de cuerpos, ó, mejor dicho, por todos los cuerpos existentes.

ASCLEPIOS

Eso es cierto.

HERMES

¿El mundo es un cuerpo?

ASCLEPIOS

Sí.

HERMES

¿Y el móvil?

ASCLEPIOS

Sin duda.

HERMES

¿Cuál debe ser, pues, el lugar de su movimiento y de qué naturaleza? ¿No será preciso que sea mucho más grande que el mundo para que pueda moverle sin adelantarse ni retrasarse en su marcha?

ASCLEPIOS

Es que es alguna cosa muy grande, Trismegisto.

HERMES

¿Y de qué naturaleza? ¿De una naturaleza contraria, no es verdad? ¿Y lo contrario de lo corpóreo, no es lo incorpóreo?

ASCLEPIOS

Convengo en ello.

HERMES

El lugar es, pues, lo incorpóreo. Pero lo incorpóreo es lo divino, ó Dios. Yo llamo divino no á lo que es engendrado, sino á lo que es increado. Si es divino, es esencial; si es Dios, está por encima de la ciencia. Desde luego es inteligible, y he aquí cómo: el primer Dios es inteligible para nosotros, no por sí mismo, sino porque lo inteligible cae bajo la sensación del inteligente. Dios no es, pues, inteligible por sí propio, porque en él el sujeto pensante no es otro que el objeto del pensamiento. Para nosotros es distinto, y es por eso por lo que concebimos. Si el espacio es inteligible, no es Dios, es el espacio. Si él es Dios, es no como el espacio, sino como el principio de la extensión. Pero todo lo que se mueve, se mueve no en el móvil, sino en lo estable. El motor es estable porque no puede participar del movimiento del móvil.

ASCLEPIOS

¿Y cómo es que vemos aquí, ¡oh Trismegisto!, el movimiento de los móviles compartido con el motor? Porque tú decías que las esferas errantes eran movidas por la esfera fija.

HERMES

Aquél no es un movimiento compartido, ¡oh, Asclepios!, sino un contramovimiento. Esas esferas no se mueven en el mismo sentido, sino en un sentido contrario. Esta oposición ofrece al movimiento una resistencia fija, porque la reacción de los movimientos es la inmovilidad; las esferas errantes están movidas en sentido contrario de la esfera fija; su movimiento inverso lo produce la resistencia que oponen entre sí mismas, y no puede ser de otra manera. ¿Tú ves las Osas, esas constelaciones que ni caen ni se levantan? ¿Giran alrededor de un punto, ó son inmóviles?

ASCLEPIOS

Se mueven, ¡oh, Trismegisto!

HERMES

¿Y cuál es su movimiento, Asclepios?

ASCLEPIOS

Se mueven sin cesar alrededor de un mismo punto.

HERMES

Un movimiento alrededor de un punto es un movimiento contenido por la rigidez. Porque la circulación impide el desviamiento, y el desviarse que se fije en la circulación. La oposición de estos dos movimientos produce una situación estable, constantemente mantenida por las recíprocas resistencias. Te daré un ejemplo de ello, tomándolo de las cosas terrestres. Mira, la natación del hombre y de los animales, por ejemplo: la reacción de los piés y de las manos mantienen al hombre inmóvil, impidiendo que le arrastre el movimiento de las aguas y el sumergirse.

ASCLEPIOS

Es clara esa comparación, Trismegisto.

HERMES

Todo movimiento, pues, se produce en el reposo y por el reposo. Así, el movimiento del mundo y de todo animal material no viene de fuera, sino que se produce del interior hacia fuera por el alma, por el espíritu ó por cualquier otro principio incorpóreo. Porque un cuerpo no puede mover lo que es animado, ni tampoco un cuerpo inanimado.

ASCLEPIOS

¿Qué quieres decir, Trismegisto? ¿Una madera, una piedra y tantos otros cuerpos inanimados no son motores?

HERMES

Ninguno, Asclepios. Es lo que está en el interior de un cuerpo lo que mueve al objeto inanimado; he ahí el motor común del cuerpo que lleva y del objeto llevado. Jamás un objeto inanimado puede mover á otro objeto inanimado. Todo motor es animado, puesto que produce movimiento. Así se ve que el alma se apesadumbra cuando tiene que llevar dos objetos. Es, pues, evidente que todo movimiento se produce por algo y en alguna cosa.

ASCLEPIOS

Pero el movimiento debe producirse en el vacío, Trismegisto.

HERMES

No digas tal, Asclepios. No hay vacío en el universo. El no ser únicamente es vacío y ajeno á la existencia. Pero el ser no podría ser sino estando repleto de existencia. Lo que es no puede jamás estar vacío.

ASCLEPIOS

¿No hay, pues, cosas vacías, Trismegisto, como un vaso vacío, un tonel, un pozo, un arca y otras cosas semejantes?

HERMES

¡Qué error, Asclepios! ¡Tú tomas por vacías las cosas llenas y repletas!

ASCLEPIOS

¿Qué quieres decir, Trismegisto?

HERMES

¿El aire no es un cuerpo?

ASCLEPIOS

Sí, es un cuerpo.

HERMES

¿Ese cuerpo no atraviesa todas las cosas y no llena lo que atraviesa? ¿Tu cuerpo no está lleno de cuatro elementos? Lo que tú imaginas vacío está, pues, lleno de aire, y, por consiguiente, de los cuatro elementos. Y en un sentido inverso puede decirse que lo que tú crees lleno está vacío de aire, porque la presencia de los demás cuerpos no consiente al aire ocupar el mismo sitio. Así, los objetos que llamas vacíos son huecos y no vacíos, porque existen y están llenos de aire y de fluído.

ASCLEPIOS

Nada hay que responder á eso, Trismegisto; el aire es un cuerpo, y ese cuerpo penetra todo y llena todo lo que penetra. Pero ¿cómo imaginaremos al lugar donde se mueve el Universo?

HERMES

Es lo incorpóreo, Asclepios.

ASCLEPIOS

¿Y qué es eso que es incorpóreo?

HERMES

La inteligencia y la razón estrechándose recíprocamente, libres de todo cuerpo, horras de error, impasibles é intangibles, permanecen fijas en sí propias conteniendo todo, conservando todos los séres. Sus rayos son el bien, la verdad, el principio de la luz y el principio del alma.

ASCLEPIOS

¿Y qué es eso sino Dios?

HERMES

Dios no es nada de todo eso, sino que es la causa de todo en general y de cada cosa en particular. No ha dejado nada en el no ser; todo ser viene de lo que es y no de lo que no es. La nada no puede llegar á ser alguna cosa, pues está en su naturaleza el no poder ser. La naturaleza del ser, por lo contrario, es de no poder menos de ser.

ASCLEPIOS

¿Cómo defines, pues, á Dios?

HERMES

Dios no es la inteligencia, sino la causa de la inteligencia; no es el espíritu, sino la causa del espíritu; no es tampoco la luz, sino la causa de la luz. Los dos nombres bajo los cuales es menester honrar no convienen sino á él sólo y á ningún otro. Ninguno de los que se llaman dioses, ni ninguno de los hombres, ni de los demonios pueden, en manera alguna, ser llamados buenos. Este título no conviene más que á Dios únicamente. Él es el bien y no es otra cosa. Todos los demás séres están fuera de la naturaleza del bien; son cuerpo y alma y no hay lugar en ellos para el bien.

El bien iguala en grandeza á la existencia de todos los séres corpóreos é incorpóreos, sensibles é inteligibles. Tal es el bien y tal es Dios.

No digas de otro sér cualquiera que es bueno; eso es una im-

piedad. Y no digas de Dios que es otra distinta del bien, porque también es otra impiedad.

Todo el mundo emplea la palabra bien; pero la mayor parte del mundo no la comprende en su sentido. Del mismo modo la mayoría no concibe á Dios, y así por esa ignorancia se llama buenos á los dioses y algunos hombres, aunque ni puedan ser buenos, ni lo lleguen á ser. Á todos los demás dioses se les llama inmortales y se les da el título de dioses como una dignidad. Pero para Dios, el bien no es una dignidad, sino que es su naturaleza. Dios y el bien son una sola y misma cosa y el principio de todas las demás, porque lo propio de la bondad es dar todo sin recibir nada. Así, Dios da todo y no recibe nada. Dios es, pues, el bien, y el bien es Dios.

Su otro nombre es de Padre, á causa de su papel de creador, porque lo propio del padre es crear. Es por eso por lo que la función más elevada de la vida y la más sagrada también es la generación, y la mayor maldad, como la impiedad más grande, la de abandonar la vida sin dejar un hijo. Los que faltan á este deber, después de la muerte son castigados por los demonios.

He aquí cuál es su castigo: su alma sufre la condena de entrar en un cuerpo que ni es hombre ni mujer. Condición maldita bajo el sol. Así, Asclepios, no envidies la suerte del que no tiene sucesión; compadece su desgracia imaginando la expiación que le aguarda.

Tales son, Asclepios, los primeros elementos del conocimiento de la Naturaleza.

Notas, Recortes y Noticias.

El Congreso de Munich. El IV Congreso internacional de la federación de las secciones europeas de la Sociedad Teosófica se verificará en Munich desde los días 18 á 21 de Mayo próximo, bajo la presidencia de Annie Besant.

Hasta el 12 de Abril pueden remitirse á la Secretaría del Congreso los trabajos que hayan de enviarse destinados al mismo.

Pueden enviarse redactados en cualquier idioma; se procurará que no sean muy extensos, para que haya así mayor con-

currencia, y que sean inéditos y dedicados exclusivamente al Congreso; pues de otro modo no se publicarán en las Memorias del mismo.

Los trabajos con destino al IV Congreso pueden remitirse en Madrid hasta el 8 de Abril, al Sr. Secretario de nuestra Rama, D. Manuel Treviño, Atocha, 127 duplicado, 3.º.

«Ultra».

Con este título ha empezado á publicarse en Roma una magnífica revista teosófica elegantemente editada y concienzudamente redactada por los más ilustres campeones de la Teosofía de Italia.

Hacemos votos para que tenga una próspera y brillante existencia y establecemos gustosísimos el cambio con nuestro querido colega.

El heroismo, esta es la palabra, que acreditan nuestros hermanos de Italia al lanzar esta publicación á la vida, es digno del mayor encomio y recibirá seguramente el premio que merece siendo acogida y auxiliada como han de serlo las obras buenas y sanas.

Los anales akásicos.

Un sabio italiano, Folgheraiter, ha encontrado un medio de conocer las varias inclinaciones y declinaciones magnéticas que ha sufrido nuestro planeta desde más de tres mil años, pues sabido es que los polos magnéticos terrestres y los de rotación no coinciden y que la brújula varía no indicándolos por lo tanto.

Para averiguarlo, el sabio italiano se vale del examen de... los barros antiguos. Así, como suena.

El principio en que se funda es el siguiente, según refiere en una crónica científica de *El Liberal* nuestro amigo el señor Roso de Luna:

«Si elevamos á unos 800 grados un objeto de barro, un ladrillo, por ejemplo, al enfriarse adquiere por inducción del campo electromagnético de la tierra, una imantación mesurable y permanente. Por tanto, si de antemano conocemos la posición que tenía el ladrillo en el horno en tal momento, se puede determinar cuál sería á la sazón la dirección de dicho campo inductor. Con frecuencia sabemos, respecto de los barros artísticos de la antigüedad, su posición más probable, eliminando aquellas otras que, dados sus ornamentos, no pudieron tener durante la cochura. La posición vertical es en ellos, por otra parte, la más lógica.

»Folgheraiter ha comprobado también que cada uno de los ladrillos de *un antiguo muro romano no han perdido* su primitiva imantación al salir del horno. Colocados al azar en la construcción, han conservado sus respectivas imantaciones sin sufrir la que pudiera llamarse imantación general del muro. Hasta fragmentos de una misma vasija recompuesta han mostrado, en manos de A. Arezzo, una orientación magnética común, la de su eje, lo que ha permitido á David y B. Brunhes adivinar hasta la cantera de su procedencia, entre las que hallamos en Puy de Dôme (Francia).

»Vasos etruscos, ocho siglos anteriores á Cristo, han informado á Folgheraiter de que la *inclinación* magnética en la Italia de entonces no era boreal como hoy, sino austral. Dos siglos después, según otros vasos ulteriores, por Italia pasaba el ecuador magnético. La declinación magnética, que es otro de los datos del problema, nos la dan á su vez aquellos muros que en época conocida han sufrido el calor de un incendio, y este criterio se ha aplicado también en Geología por Brunhes á los basaltos y otras substancias afectadas por las erupciones volcánicas.

»No se necesita ser muy lince para comprender por lo expuesto que el estudio sistemático de los múltiples barros históricos de diferentes épocas, de fechas bien conocidas, que atesoran nuestros Museos, nos darán observaciones exactas, infalibles, acerca de la orientación del magnetismo de nuestro planeta en sus épocas retrospectivas, cuál egipcia, cuál romana, cuál griega, y que del conjunto de todas aquéllas surgirá evidenciada la ley ó ciclo de sus seculares variaciones. Pero ya entonces podremos invertir el problema, y conocida la ley y averiguada la orientación magnética que cada viejo cacharro acusa, llegaremos *á determinar la fecha exacta del cacharro mismo*, por encima de todas las disquisiciones arqueológicas, de todas las disputas bíblicas, al inapelable fallo de la ciencia experimental magnética.

»Entonces ¡cuán grandiosa revolución han de sufrir la historia, la prehistoria, la paleontología, la geología entera!»

Todo se va á saber por esos anales *akásicos*, como dice muy bien el articulista, y la tierra no tendrá ya ningún secreto.

Observación popular. En los reconocimientos facultativos verificados recientemente, no ya en este año, sino también en otros anteriores, con motivo de los juicios de exención para el servicio militar en la provincia de Salamanca, se ha observado en proporción considerable una desviación cardiaca en los mozos procedentes de la sierra.

A esto hemos de recordar que en las sentencias populares de

la región se afirma la existencia de semejante anormalidad, que por el olvido de la verdad se cree actualmente un mal signo para el paciente.

Profecía cumplida. Recientemente se ha celebrado el centenario de Giordano Bruno, mejor dicho, se ha terminado de celebrar el centenario, inaugurándose una estatua suya en Roma, como hace años profetizó el discutido autor de *Historia de los conflictos entre la religión y la ciencia*, Guillermo Draper.

Y es que puede acertar y vaticinar sobre seguro el que confíe en una tolerancia futura, porque aquí, de donde fueron arrojados injustamente los hombres, serán glorificados al advenimiento de la justicia.

BIBLIOGRAFÍA

Varigny. – *La naturaleza y la vida*.—Un vol., D. Jorro, editor. Paz, 26, Madrid.

Este precioso volumen del célebre vulgarizador francés está integrado por los magníficos artículos que insertó hace dos años en el folletón científico de *Le Temps*. Son sucintas y completas informaciones del estado actual de la ciencia enfrente de los grandes problemas de la vida y de la naturaleza. Más fluidez, más modernos y recientes estos trabajos que los no menos famosos de Laugel, recientemente traducidos también al castellano, contienen, por decirlo así, las últimas palabras y las últimas conclusiones de la ciencia.

Uno de esos trabajos, el que se titula *La vida de lo inanimado*, ha sido saboreado ya por los lectores de Sophía por haberse publicado inmediatamente de su inserción en *Le Temps*.

Por esa muestra pueden juzgar nuestros lectores y apreciar el valor de esta obra, imprescindible para una información científica que no puede hacer ni obtener todo el mundo sino á costa de grandes lecturas.

Uno de los grandes méritos que contienen estas páginas de Mr. Varigny es que son susceptibles independientemente unas de otras de lecturas públicas, y así las recomendamos á las asociaciones y centros de cultura, en la seguridad de que obtendrán más y mejor el resultado que se proponen.

R. U.

Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.